ses o incluso años trabajando en un proyecto que al final no te deje contento y al que no logres encontrarle editor. Si bien ahora existe la opción del webcómic, no hay nada como ver impreso tu trabajo. De modo que pasarte meses y meses trabajando en un proyecto para que permanezca inédito resulta muy arriesgado.

¿Qué debe tener una novela gráfica para que te atraiga?
Básicamente, lo mismo que una buena novela: una historia que te atrape. En mi caso no importa si el dibujante es un virtuoso o de rasgos muy básicos; si tiene algo que contar y lo hace bien, me atrapará como lector. Hay grandes dibujantes que son malos narradores y grafistas muy limitados con gran sentido del *storytelling*.

¿Y qué debe tener un texto para que te atraiga la idea de llevarlo a lo gráfico?
En la novela gráfica, el texto y la imagen tienen una relación simbiótica, no pueden dominarse uno al otro, pero si el texto está lleno de posibilidades visuales, ya va de gane. Por ello, prefiero las novelas gráficas originales, pensadas desde el principio en función de lo visual. Adaptar un libro que se escribió previamente me atrae menos.

¿Qué novelistas gráficos te han provocado asombro y/o admiración?
Los primeros que me volaron la cabeza fueron Alan Moore y Frank Miller, cuando era adolescente, porque lograron deconstruir a los superhéroes que yo leía y revertirlos en otras direcciones.

Dave McKean, en la parte visual. El canadiense Dave Sim con su monumental obra *Cerebus*. El franco belga Yves Chaland, Seth, Chester Brown, Adian Tomine...

La novela gráfica pareciera no tener en México tanta popularidad como en Europa, ¿a qué lo atribuyes?
A que hasta hace poco no existían espacios para publicarla ni distribuirla. Ahora, con los webcómics, esa barrera se ha diluido. Por otro lado, los editores de historieta en México estaban interesados en los formatos de revistas populares, no tenían mayor interés en otras alternativas.

Los editores de libros los consideraban basura cultural. Era una situación de perder-perder. Por ello es un medio que ha atraído a pocos creadores en nuestro País. Pero tengo esperanzas en el futuro.

El año pasado, formaste parte del jurado para el Primer Premio Nacional de Novela Gráfica convocado por Jus. ¿Cuál es tu diagnóstico de la salud de la novela gráfica creada en México desde ese mirador?
Veo que hay creadores con trabajo de gran calidad y eso me llena de gusto. Quizás a algunos de ellos les falte madurar un poco, pero lo importante es que están en el camino con el lápiz en la mano. Mi diagnóstico es que pronto veremos madurar varios proyectos formales que habrán de añadirse a los ya existentes. (Las obras ganadoras fueron *Mundo invisible*, de Patricio Betteo, y *La maldición del vástago*, de Augusto Mora, de próxima publicación.)

¿Cuáles son las preocupaciones formales y temáticas de quienes están creando novela gráfica en nuestro País?
El encanto del cómic mexicano de autor en este momento yace en gran medida en su diversidad. No hay dos autores parecidos. Edgar Clément tiene búsquedas completamente distintas que Patricio Betteo, por ejemplo. Si acaso algo nos une a los novelistas gráficos es el deseo de contar historias.

Cuéntame sobre La calavera de cristal, *el libro que estás preparando junto a Juan Villoro.*
Es la primera vez que ilustro un guión de largo aliento de alguien más, y se ha convertido en un reto gráfico y narrativo. El proyecto originalmente fue desarrollado por Juan y Nicolás Echavarría como un guión de cine, de manera que era de entrada bastante cercano al cómic. Ha sido un deleite trabajar con Villoro, al que admiro desde adolescente, por ser un extraordinario narrador que se acercó al medio con gran interés. Es una historia de aventuras relacionada con el robo de piezas arqueológicas. A mí me ha puesto a afilar mis lápices, pues he tenido que estructurarlo al estilo de un cómic europeo y, decididamente, me ha sacado de mi zona de confort como dibujante. A cambio, me ha permitido trabajar en conjunto con Juan, lo que es una verdadera delicia.

Web. http://monorama.blogspot.com
Twitter. @monorama

EXTRACTO

NO VOY A SALIR DE AQUÍ
MICAH P. HINSON
ALPHA DECAY
106 PÁGINAS

NO VOY A SALIR DE AQUÍ

Resultó que estaba escribiendo un libro y que lo escribía para mí. Yo no sabía qué pensar. Parecía una cosa sincera, pero algo perturbadora. Tampoco le di muchas vueltas.

—¿Por qué no? —rezongué—. Venga.

Siguió sentada, con aire meditabundo, sorbiendo repetidamente de la botella por la comisura para evitar tener que echar la cabeza atrás. Siempre bebía de ese modo. Me pasó la botella, y entonces se irguió sobre la cama, levantó los brazos al aire y empezó:

“”Los deseos nunca se hacen realidad”, oí que susurraba para sí. El sol había caído sobre el tejado del último edificio, muy lejos hacia el oeste, a cientos de millas de donde pudiera verlo. Hurgaba en un viejo sobre gastado que pasaba de un bolsillo a otro y del que sacaba un papel que leía cada pocas horas. Ya llevaba semanas así. Tenía las manos manchadas. El anochecer abría sus ojos fatigados mientras el autobús arrancaba, avanzaba y chirriaba hasta detenerse, crujiendo con cada rotación del cigüeñal. Lentamente se levantó de su asiento y se encaminó a una esquina. Se le olvidó la carta, pero estoy seguro de que había hallado lo que andaba buscando.

“Mucho más allá de la mano crepita la llama de estrepitosos relámpagos sobre capas y capas grabadas en piedra y las palabras se manifiestan incisivamente, como para quebrar los Wall Streets radiantes y livianos que se hunden por doquier. A lo largo de siglos y días efímeros de esperanzas y sueños y visiones pasadas en pos de estrellas fugaces. Desde planetas, miles de sombras que se hunden en la oscuridad flotante. Y susurro de amores perdidos. El tiempo abandonado. ¡Piensa! ¡A salvo! ¡Decide! ¡El ‘DI QUE NO’!

“Con las tripas fuera. Con el sonido del susurrante amor para mí perdido, y aun así casi por completo tentador en exceso. Con ellas vagando, paseando, meneándose arriba y abajo con sus flacas cinturas. Como si no tuviera más que decir, dulcemente aturdida hasta el silencio. Tartamudeando unas pocas palabras. Pero no hay modo de que alce la voz más allá de un suspiro. Suave como el aliento de un ángel. Besando mi mejilla en el terciopelo quieto de mis sueños de medianoche. Enmarañada en fastuosas espirales de dorados y cambiantes espíritus. Despierta ante el creciente rumor del amor. Como para silbarle a la Luna una nana de mil sueños remotos. Aquellos con los que te despiertas en mitad de la noche, inexplicables, mientras el mundo gira en chorreantes atisbos de cartas de amor duradero. Desparramadas por toda la eternidad. Escritas para mil canciones de amor calladas. Con la melodía de tristeza abrumadora que tal distancia concede. Como si no tuviéramos respuesta. Islas sobre maderos a la deriva, en claros de luna, monzones, nos mecemos. Nos mecemos. Nos mecemos. Nos mecemos”.

Se calló, bajó la mirada y me sonrió. Me quedé sentado, quieto, impasible. Eché un trago de vino a su manera, levantando la botella y vertiéndolo por la comisura de la boca. La miré, confundido por lo que andaba leyendo y hacia dónde derivaba, pero en mi interior sabía que no me importaba realmente o que en realidad no debía importarme. Entonces reanudó el relato, respirando afanosamente:

“¡Divino informe! Puedo ver más allá del río. Sobre peñascos y, oh, cómo se yerguen hasta lejanías de eco. Todo lo anaranjado que queda por delante en esto, invoco, un atisbo eterno en el VACÍO. Los heridos. Los auténticos. ‘Conforme con los dioses’, dicen. Como visitar la manifestación circular del arremolinado universo. ‘Te anhelo en tiempo tan sombrío como todos los que hallaron el secreto del hombre, y ahí una mujer se esconde’, hablan, mientras la fiebre amaina aunque a menudo se expulsara a la fuerza. Regresar siempre. Como si yo fuera un hogar para abrigar su camino, orientar su rumbo”.